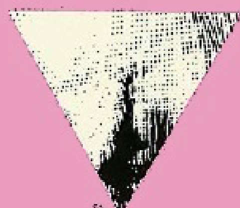
George Bataille

Madame Edwarda

Ilustraciones Hans Bellmer

El muerto



La sonrisa vertical



Madame Edwarda es la imagen misma de la mujer trasgresora, de esa mujer que, proviniendo de lo que concebimos como el Mal, pasa a ser Dios por su omnipotente poder de disponer de su vida, de su sexo y de su muerte. El hombre que la sigue, cautivado, presa de un miedo atávico, encuentra en ella la total realización del Deseo.

El muerto, publicado póstumamente en 1967, está compuesto de veintiocho escenas breves que narran las últimas horas de una mujer cuyo amante acaba de morir en sus brazos. Ese *coito interruptus* la precipita en un vertiginoso dédalo de vivencias eróticas en las que ella misma va al encuentro de su amante, en la muerte…



Georges Bataille

Madame Edwarda - El muerto

La sonrisa vertical 25

ePub r1.0
ugesan64 14.03.14

Título original: *Madame Edwarda – Le mort*
Georges Bataille, 1956
Traducción: Antonio Escohotado & Eusebio Fontalba
Ilustraciones: Hans Bellmer

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.0



Madame Edwarda

Divinus Deus

Nota del editor para la edición francesa de 1956

«El que el libro más incongruente sea finalmente el más bello, y quizá el más tierno, es lo más escandaloso».

Maurice Blanchot

Georges Bataille publicó Madame Edwarda*, con el seudónimo de Fierre Angélique, en 1941 y 1945, en ediciones clandestinas de cincuenta ejemplares cada una. Con el mismo seudónimo, nos confió, en 1956, la primera edición comercial, pero consintió en firmar con su nombre tan sólo el Prefacio. Georges Bataille seguía siendo por entonces director de la Biblioteca de Orleans, y —con razón— su condición de funcionario le parecía poco compatible con posibles persecuciones por «ultraje a las buenas costumbres mediante la palabra escrita».*

Han pasado diez años. Georges Bataille está muerto, y los 1500 ejemplares de Madame Edwarda *han acabado por encontrar, uno tras otro, su destinatario. Nada se apone ya a que, encabezando este pequeño libro, figure el verdadero nombre de un autor cuya influencia no ha hecho más que ir en aumento.*

Al mismo tiempo que esta reedición, pero por separado, presentamos una obra inédita:

Mi madre*, que, en el proyecto de Georges Bataille, debía figurar después de* Madame Edwarda *en un volumen que debía incluir igualmente otros dos textos:* Charlotte d'Ingerville *y* Paradoja sobre el erotismo. *En la introducción a* Mi madre[1]*, damos otras precisiones sobre esta empresa inacabada.*

Prefacio

«La muerte es lo más terrible, y mantener la obra de la muerte es lo que más fortaleza exige».

Hegel

El propio autor de *Madame Edwarda* ha llamado ya la atención sobre la gravedad de su libro. Sin embargo, me parece oportuno insistir en ello en razón de la ligereza con la que se acostumbra a considerar los escritos que tratan de la vida sexual. No es que tenga la esperanza —o la intención— de cambiar nada. Pero pido al lector de mi prefacio que reflexione un instante sobre la actitud tradicional que suele adoptarse ante el placer (que, en el juego de los sexos, alcanza la intensidad del delirio) y el dolor (que la muerte apacigua, ciertamente, pero que, antes, conduce a lo peor). Un conjunto de condicionamientos nos lleva a concebir del hombre (de la Humanidad) una imagen tan alejada del placer extremo como del dolor extremo: las prohibiciones más comunes recaen unas sobre la vida sexual y otras sobre la muerte, de tal manera que una y otra forman un dominio sagrado que emana de la religión. Lo más penoso empezó cuando tan sólo las prohibiciones

relativas a las circunstancias de la desaparición del ser quedaron marcadas por un aspecto grave, mientras aquellas relativas a las circunstancias de la aparición —toda la actividad genética— fueron tomadas a la ligera. No voy a protestar contra la tendencia profunda del gran número: es la expresión de un destino que quiso que el hombre se riera de sus órganos reproductores. Pero esa risa, que acusa la oposición del placer y del dolor (el dolor y la muerte son dignos de respeto, mientras que el placer es irrisorio, destinado al desprecio), determina también su parentesco fundamental. La risa deja de ser respetuosa, y es el signo del horror. La risa es la actitud de compromiso que adopta el hombre en presencia de un aspecto que le repugna, cuando ese aspecto no parece grave. Asimismo, el erotismo, considerado con gravedad, trágicamente, lo trastoca todo.

Quiero ante todo precisar hasta qué punto son vanas esas afirmaciones triviales, según las cuales la prohibición sexual es un prejuicio del que ya es hora de deshacerse. La vergüenza, el pudor, que acompañan al sentimiento profundo del placer, no serían sino pruebas de falta de inteligencia. Sería como decir que deberíamos hacer al fin tabla rasa y volver al tiempo de la animalidad, de la libre devoración y de la indiferencia hacia las inmundicias. ¡Cómo

si la humanidad entera no proviniera de grandes y violentos movimientos de horror seguidos de atracción, a los cuales se vinculan la sensibilidad y la inteligencia! Pero, sin querer oponer nada a la risa que provoca la indecencia, podemos remitirnos, en parte, a un aspecto que sólo la risa propone.

En efecto, la risa justifica una forma de condena deshonrosa. La risa nos encamina hacia donde el principio de una prohibición, de necesarias e inevitables decencias, se convierte en obtusa hipocresía, en incomprensión de lo que está en juego. La extrema licencia, cuando se asocia a la diversión, va siempre acompañada del rechazo a tomar en serio —quiero decir: *a lo trágico*— la verdad del erotismo.

El prefacio de este librito, donde el erotismo se presenta sin ambages, abriéndose a la conciencia de un desgarramiento, me brinda la ocasión de hacer un llamamiento que desearía fuera patético. No es que me sorprenda de que el espíritu se vuelva la espalda a sí mismo y pase a ser, en su obstinación, la caricatura de su verdad. Después de todo, si el hombre necesita la mentira, ¡allá él! El hombre, quien, quizás, tiene su orgullo, es ahogado por la masa humana… Pero, en definitiva, jamás olvidaré lo que de violento y maravilloso hay en la voluntad

de abrir los ojos, de ver cara a cara *qué ocurre, qué hay*. No sabría *qué ocurre* si no conociera el placer extremo, si ignorara el extremo dolor.

Entendámonos. Pierre Angélique se cuida de decirlo: nada sabemos, y vivimos en la profundidad de la noche. Pero, cuando menos, podemos ver lo que nos engaña, lo que nos impide conocer nuestra miserable aflicción, y —para ser más exactos— lo que nos impide saber que la alegría es lo mismo que el dolor, lo mismo que la muerte.

Aquello de lo cual nos desvía esa gran risa, que suscita la licenciosa diversión, es la identidad del placer extremo y del dolor extremo: la identidad del ser y de la muerte, del saber que se estrella en esa deslumbrante perspectiva y de la oscuridad definitiva. Sin duda, podremos finalmente reírnos de esa verdad, pero, esta vez, con una risa absoluta, que no se detendrá ante el desprecio de lo que pueda resultar repugnante, pero cuyo asco nos envilecerá.

Para llegar al borde del éxtasis, donde nos perdemos en el goce, debemos ponerle siempre un límite inmediato: el horror. Al aproximarme al momento en el que el horror me arrebatará, el dolor de los demás, o el mío propio, no sólo puede hacerme llegar al estado de goce que se desliza hacia el delirio, sino que no existe forma alguna de repugnancia en la cual no

discierna una afinidad con el deseo. No es que el horror se confunda con la atracción, pero, si no puede inhibirlo, destruirlo, ¡*el horror refuerza la atracción*! El peligro paraliza, pero si es menos fuerte, puede excitar el deseo. Sólo llegamos al éxtasis en la perspectiva, aunque lejana, de la muerte, de lo que nos destruye.

Un hombre difiere de un animal en que ciertas sensaciones le hieren y le anulan en lo más íntimo. Estas sensaciones varían según el individuo y las maneras de vivir. Pero la vista de la sangre y el olor del vómito, suscitando en nosotros el horror de la muerte, nos hacen conocer a menudo un estado de náusea capaz de afectarnos aún más cruelmente que el dolor. No soportamos esas sensaciones asociadas al vértigo supremo. Ciertas personas prefieren la muerte al contacto de una serpiente, aunque sea inofensiva. Hay un territorio en el que la muerte ya no significa tan sólo la desaparición, sino el movimiento intolerable en el que desaparecemos *a pesar nuestro*, cuando, *a toda costa*, deberíamos no desaparecer. Es precisamente este *a toda costa* y este *a pesar nuestro* lo que determina el momento del goce extremo y del éxtasis innombrable, pero maravilloso. Si nada hay que nos supere, que nos supere *a pesar nuestro* y que a *toda costa* no deba producirse, no alcanzamos el momento *insensato* hacia el que tendemos con todas nuestras fuerzas y que, al mismo tiempo, rechazamos con todas nuestras fuerzas.

El placer sería despreciable si no fuese esa superación aterradora, que no es tan sólo propia del éxtasis sexual y que los místicos de distintas religiones, y en particular los cristianos, también conocieron. El ser nos es dado en un *intolerable* desbordamiento del ser, no menos intolerable que la muerte. Y corro en la muerte, al mismo tiempo que nos es dado nos es retirado, debemos buscarlo en el *sentimiento* de la muerte, en esos momentos intolerables en los que nos parece que morimos, porque el ser en nosotros ya no está ahí sino por exceso, cuando coinciden la plenitud del horror y la del goce.

Incluso el pensamiento (la reflexión) sólo se consume en nosotros mediante el exceso. Fuera de la representación del exceso, ¿qué significa la verdad, si no vemos lo que excede a la posibilidad de ver, lo que resulta intolerable ver, como, en el éxtasis, lo que es intolerable gozar? ¿Si no pensamos lo que excede a la posibilidad de pensar[2]…?

Tras esta reflexión patética, que se aniquila a sí misma en un grito, al zozobrar en la intolerancia de sí misma, volvemos a encontrar a Dios. Es el sentido, es la enormidad de este libro *insensato*: este relato pone en juego, en la plenitud de sus atributos, a Dios mismo; y este Dios, es, sin embargo, una mujer pública, igual a todas

las demás. Pero lo que no ha podido decir el misticismo (desfallecía en el momento de decirlo), lo dice el erotismo: Dios no es nada si no es superación de Dios en todos los sentidos; en el sentido del ser vulgar, en el del horror y en el de la impureza; en definitiva, en el sentido de nada… No podemos añadir impunemente al lenguaje la palabra que supera las palabras, la palabra *Dios*; tan pronto como lo hacemos, esta palabra, superándose a sí misma, destruye vertiginosamente sus límites. Lo que es no retrocede ante nada. Está allí donde es imposible esperarla: ella misma es una *enormidad*. Cualquiera que tenga la más ligera sospecha se calla de inmediato. O, buscando la salida, y aun sabiendo que se apuñala a sí mismo, busca en sí aquello que, pudiendo aniquilarla, la hace parecida a Dios, parecida a nada[3].

En esta vía inenarrable, en la que nos conduce el más incongruente de todos los libros, podría, no obstante, suceder que aún quede algo por descubrir.

Por ejemplo, la felicidad…

El júbilo se encontraría precisamente en la perspectiva de la muerte (enmascarado bajo el aspecto de su contrario, la tristeza).

No me siento en absoluto inclinado a pensar que la voluptuosidad sea lo esencial en este mundo. El hombre no está limitado al órgano del goce. Pero este inconfesable órgano le enseña su secreto. Puesto que el

goce depende de la perspectiva deletérea abierta[4] al espíritu, es probable que trampeemos e intentemos acceder al gozo aproximándonos lo menos posible al horror. Las imágenes que excitan el deseo, o provocan el espasmo final, suelen ser sospechosas, equívocas: si lo que vislumbran es el horror, o la muerte, lo hacen siempre en un modo simulado. Incluso en la perspectiva de Sade, la muerte se remite al *otro*, y el *otro* es ante todo una deliciosa expresión de la vida. El territorio del erotismo está condenado a la astucia. El objeto que provoca el movimiento de Eros se presenta como otro del que es. Tanto es así que, en materia de erotismo, son los ascetas los que tienen razón. Los ascetas dicen que la belleza es la trampa del diablo: de hecho, sólo la belleza hace tolerable una necesidad de desorden, de violencia e indignidad, que es la raíz del amor. No puedo examinar aquí con detalle delirios cuyas formas se multiplican y de los que el amor puro nos da a conocer disimuladamente el aspecto más violento, que lleva a los límites de la muerte el exceso ciego de la vida. Sin duda, la condenación ascética es grosera, cobarde y cruel, pero se acomoda al temblor, sin el cual nos alejamos de la verdad de la noche. No hay razón para dar al amor sexual una predominancia que sólo corresponde a la vida entera, pero, si no lleváramos la luz al punto mismo donde cae la noche, ¿cómo nos sabríamos —tal como ocurre— hechos de la proyección del ser en el horror? ¿Cómo, si zozobra en el vacío nauseabundo

que *a toda costa* debía evitar…?

¡Nada es, sin duda, más temible! ¡Cuán irrisorias deberían parecemos las imágenes del infierno en los pórticos de las iglesias! ¡El infierno es la idea vaga que Dios nos da involuntariamente de sí mismo! Pero, a escala de la pérdida ilimitada, recobramos el triunfo del *ser*, quien no tuvo más que acomodarse al movimiento que lo hace perecedero. El ser se invita a sí mismo a la terrible danza, cuya síncopa es el ritmo danzante, y que debemos tomar como es, conociendo tan sólo el horror al que se acomoda. Si no nos atrevemos a entrar en el baile, el suplicio no tiene límites. Y jamás dejará de atosigarnos este suplicio: si nos faltara, ¿cómo podríamos vencerlo? Pero el *ser abierto* sin reserva —a la muerte, al suplicio, al júbilo—, el ser abierto y muriente, doloroso y dichoso, aparece ya en su velada luz: esta luz es divina. Y el grito que este ser profiere, con la boca torcida quizás, es un inmenso *alleluya*, perdido en el silencio sin fin.

Georges Bataille

Si tienes miedo de todo, lee este libro, pero, antes, escúchame: si ríes, es porque tienes miedo. Un libro, piensas, es algo inerte. Es posible. ¿Y si, como suele ocurrir, no supieras leer? ¿Deberías temer…? ¿Estás solo? ¿Tienes frío? ¿Sabes hasta qué punto el hombre es «tú mismo»? ¿Imbécil? ¿Y desnudo?

MI ANGUSTIA ES AL FIN LA SOBERANA ABSOLUTA: MI SOBERANÍA MUERTA ESTA EN LA CALLE. INASEQUIBLE —A SU ALREDEDOR UN SILENCIO DE TUMBA—, AGAZAPADA A LA ESPERA DE LO TERRIBLE, Y SIN EMBARGO SU TRISTEZA SE RÍE DE TODO

En una esquina, la angustia, una angustia sucia y embriagadora, me descompuso (quizás por haber visto a dos mujeres furtivas en la escalera de un retrete). En esos momentos, me entran ganas de vomitar. Debería desnudarme, o desnudar a las mujeres que anhelo: me aliviaría la tibieza de sus carnes ajadas. Pero recurrí al más pobre de mis medios. Pedí en el bar un Pernod, que bebí de un trago; seguí de barra en barra hasta que… La noche acababa de caer.

Empecé a vagar por las calles propicias, que van del cruce Poissonnière a la calle Saint–Denis. La soledad y la oscuridad acabaron con mi embriaguez. La noche estaba desnuda en las calles desiertas, y quise desnudarme como ella: me quité el pantalón y lo colgué del brazo; me habría gustado atar el frescor de la noche a mis piernas; me arrebataba una aturdidora libertad. Me sentía crecido. Llevaba en la mano mi sexo erecto.

(Mi entrada en materia es dura. Habría podido evitarlo y seguir siendo «verosímil». Me interesan los desvíos. Pero, así es: el comienzo no tiene desvío. Sigo… aún más duro…).

Inquieto por algún ruido, volví a ponerme el pantalón y me dirigí hacia «Les Glaces», donde recobré la luz. En medio de un enjambre de mujeres, Madame Edwarda, desnuda, sacaba la lengua. Era, para mi gusto, encantadora. La elegí: se sentó junto a mí. Apenas tuve tiempo de contestar al camarero: me apoderé de Edwarda, quien se abandonó: nuestras bocas se entremezclaron en un beso enfermo. La sala estaba repleta de hombres y mujeres, y este fue el desierto en el que se prolongó el juego. Por un instante, su mano se deslizó, me rompí bruscamente como un vidrio, y temblé en mis calzones; sentí que Madame Edwarda, cuyas nalgas contenían mis manos, se desgarraba también: y, en sus ojos desorbitados, traspuestos, el terror; en su garganta, un largo estrangulamiento.

Recordé que había deseado ser infame o, más bien, que esto debería haberse producido a toda costa. Adiviné risas en el tumulto de voces, luces y humo. Pero nada importaba ya. Estreché a Edwarda en mis brazos, ella me sonrió: inmediatamente, acongojado, sentí en mí un nuevo choque; una especie de silencio se abatió de lo alto sobre mí y me dejó helado. Me alzaba en un vuelo de ángeles sin cuerpo ni cabeza, hechos de un deslizamiento de alas, pero todo era muy simple: me puse triste y me sentí abandonado, como lo estamos en

presencia de DIOS. Era peor y más delirante que la embriaguez. Y sentí ante todo tristeza ante la idea de que esa inmensidad, que caía sobre mí, me privaría de los placeres que esperaba disfrutar con Edwarda.

Me encontré absurdo: Edwarda y yo no habíamos intercambiado dos palabras. Experimenté un momento de gran malestar. Nada habría podido decir de mi estado: ¡en el tumulto y entre las luces, la noche caía sobre mí! Quise desplazar la mesa, volcarlo todo: la mesa estaba clavada, fija en el suelo. Un hombre no puede soportar nada más cómico. Todo había desaparecido, la sala y Madame Edwarda. Sólo la noche…

Una voz demasiado humana me arrancó del aturdimiento. La voz de Madame Edwarda, al igual que su cuerpo grácil, era obscena:

—¿Quieres ver mis trapos? —dijo.

Me giré hacia ella con las manos agarradas a la mesa. Sentada, sostenía una pierna abierta; para mejor enseñar la hendidura se estiraba la piel con las dos manos. Así me miraban los «trapos» de Edwarda, velludos y rosados, llenos de vida, como un pulpo repugnante. Balbuceé

lentamente.

—¿Por qué haces eso?

—Ya ves, dijo ella, soy DIOS…

—Me estoy volviendo loco…

—No, debes mirar: ¡mira!

Su voz ronca se suavizó, se hizo casi infantil para decirme con fatiga, con la infinita sonrisa del abandono: «¡Cómo he gozado!».

Pero ella mantenía su posición provocante. Ordenó:

—¡Besa!

—Pero… —protesté yo—, ¿delante de todos?

—¡Claro!

Yo temblaba: la miraba, inmóvil; ella me sonreía tan suavemente que me hacía temblar. Al fin, me arrodillé, titubeé y apoyé mis labios en la llaga. Su muslo acarició mi oreja: me pareció oír un ruido de olas, el mismo que oímos al acercar el oído a grandes caracolas. Quedé extrañamente suspendido en el absurdo del burdel y en la confusión que me rodeaba (creo haberme sofocado, me puse rojo, sudaba), como si Edwarda y yo nos hubiéramos perdido en una noche de viento frente al mar.

Escuché otra voz, que venía de una

mujer fuerte y bella, honorablemente vestida:

—Hijos míos —pronunció la voz hombruna— es hora de subir.

La encargada recogió mi dinero, me levanté y seguí a Madame Edwarda, cuya tranquila desnudez atravesó la sala. Pero el simple paseo entre las mesas repletas de mujeres y clientes, ese rito grosero de la «dama que sube» seguida por el hombre que le hará el amor, no fue en ese momento para mí sino una alucinante solemnidad: los tacones de Madame Edwarda sobre el suelo cuadriculado, el contoneo de ese largo cuerpo obsceno, el olor acre de mujer que goza, aspirado por mí en ese cuerpo blanco… Madame Edwarda iba delante de mí… por las nubes. La tumultuosa indiferencia de la sala ante su dicha, ante la comedida gravedad de sus pasos, era consagración real y fiesta florida: la muerte misma participaba en la fiesta, en tanto que la desnudez del burdel recuerda al cuchillo del carnicero.

....

....

....

....

....

....

....

....

....

....

....

....

los espejos que tapizaban los muros, y que forraban el techo, multiplicaban la imagen animal de un acoplamiento: al más ligero movimiento, nuestros corazones exhaustos se abrían al vacío donde nos perdía la infinidad de nuestros reflejos.

Al fin, el placer nos trastornó. Nos levantamos y nos contemplamos gravemente. Madame Edwarda me fascinaba; jamás había visto mujer más bella —ni más desnuda—. Sin dejar de mirarme, sacó de un cajón medias blancas de seda: se sentó en la cama y se las puso. La poseía el delirio de estar desnuda: una vez más separó las piernas y se abrió; la desnudez acre de nuestros cuerpos nos lanzaba al mismo agotamiento del corazón. Se puso una torera blanca y disimuló su desnudez bajo una gran capa: la capucha de la capa le cubría la cabeza, un antifaz

con faldilla de encaje ocultaba su rostro. Así vestida, se me escapó, y dijo:

—¡Salgamos!

—Pero… ¿puedes salir? —le pregunté.

—Date prisa, hijo —replicó ella jovialmente—. ¡No puedes salir desnudo!

Me tendió mis ropas, ayudándome a vestir; pero, al hacerlo, mantenía a veces, caprichosamente, un disimulado intercambio de su carne y la mía. Bajamos una escalera estrecha, donde topamos con una sirvienta. En la súbita oscuridad de la calle, me asombré al descubrir que Edwarda, vestida de negro, me rehuía. Se apresuraba, escapándose: el antifaz que la tapaba le daba un aire animal[5]. No hacía frío y, sin embargo, yo temblaba. Edwarda se alejaba, ajena; había un cielo estrellado, hueco y demente sobre nuestras cabezas: pensé en resistirme, pero seguí.

A esa hora de la noche la calle estaba desierta. De repente, malvada y sin decir una palabra, Edwarda corrió sola. Ante ella, la Puerta de Saint–Denis: se detuvo. Yo no me había movido: inmóvil como yo, Edwarda esperaba bajo la puerta, en el centro del arco. Era enteramente negro, simple, angustiante como un agujero: comprendí que no reía e incluso, exactamente, que, bajo la ropa que la velaba, estaba ahora ausente. Supe entonces —disipada en mí toda embriaguez — que Ella no había mentido, que era DIOS. Su presencia poseía la ininteligible simplicidad de una piedra; en plena ciudad, tenía la sensación de ser la noche en la montaña, rodeado de soledades sin vida.

Me sentí liberado de Ella —estaba solo ante aquella piedra negra—. Temblaba, adivinando ante mí aquello que el mundo tiene de más desierto. No se me escapaba en momento alguno el horror cómico de mi situación: aquel cuyo aspecto, ahora, me helaba, en el instante anterior… El cambio se había producido como cuando uno se desliza. En Madame Edwarda, el luto —un luto sin dolor y sin lágrimas— había dado paso a un silencio hueco. Y, sin embargo,

quise saber: aquella mujer, ahora tan desnuda, que jovialmente me llamaba «hijo»… Crucé la calle; la angustia me decía que me detuviera, pero seguí.

Se deslizó, muda, retrocediendo hacia el pilar de la izquierda. Estaba yo a dos pasos de aquella puerta monumental: cuando penetré bajo el arco de piedra, la capa desapareció sin ruido. Escuché, conteniendo la respiración. Me asombraba captar tan bien: cuando corrió, supe que a toda costa debía correr y precipitarse bajo la puerta; cuando se detuvo, quedó suspendida en una especie de ausencia, muy lejos de posibles risas. Ya no la veía: una oscuridad de muerte caía de las bóvedas. Sin haberlo pensado ni un instante, «sabía» que se iniciaba un tiempo de agonía. Aceptaba, deseaba sufrir, ir más lejos, ir, aunque fuese abatido, hasta el «vacío» mismo. Conocía, quería conocer, ávido de su secreto, sin dudar un instante de que la muerte reinaba en ella.

Gimiendo bajo la bóveda, estaba aterrado, reía:

—¡El único hombre, en trasponer la nada de este charco!

Temblaba ante la idea de que ella pudiera huir, desaparecer para siempre.

Temblaba al aceptarla, pero me volví loco al imaginarla: me precipité, dando la vuelta al pilar. Di la vuelta, con la misma rapidez, al pilar de la derecha. Ella había desaparecido, pero yo no podía creerlo. Permanecí abrumado ante la puerta y estaba a punto de hundirme en la desesperación cuando percibí, al otro lado de la calle, inmóvil, la capa que se confundía con las sombras. Edwarda estaba de pie, siempre sensiblemente ausente, ante una terraza de café en perfecto orden. Me dirigí hacia ella: parecía loca, sin duda procedente de otro mundo, y, así, en la calle, era más niebla tardía que fantasma. Retrocedió suavemente ante mí hasta tropezar con una mesa de la terraza vacía.

Como si la hubiera despertado de pronto, pronunció con una voz sin vida:

—¿Dónde estoy?

Desesperado, le señalé el cielo hueco sobre nuestras cabezas. Ella miró: permaneció un instante, bajo la máscara, con los ojos vagos, perdidos en campos de estrellas. Yo la sostenía: sus dos manos mantenían enfermizamente cruzada la capa sobre el pecho. Empezó a retorcerse convulsivamente. Sufría, creí que lloraba, pero fue como si el mundo y la angustia sofocaran en ella, sin poder fundirse en sollozos. Me abandonó, presa de un oscuro asco, rechazándome: en un demente arrebato, se precipitó, se detuvo en seco,

hizo volar la tela de la capa, mostró las nalgas, adoptando con un golpe de culo la postura adecuada, luego volvió y se lanzó sobre mí. Un soplo salvaje la agitaba: me golpeó con furia la cara; golpeó con los puños cerrados, en un insensato movimiento de pelea. Tropecé y caí. Ella huyó corriendo.

No me había incorporado del todo y aún estaba de rodillas cuando ella volvió. Vociferó con una voz deshilachada, imposible, clamando al cielo y agitando de horror sus brazos en el aire:

—Me ahogo —bramó—, pero tú, piel de cura, ME CAGO EN TI…

La voz acabó rompiéndose en una especie de ronquido. Estiró las manos para estrangularme y se derrumbó.

Se agitó como un pedazo de gusano, presa de espasmos respiratorios. Me incliné sobre ella y tuve que arrancar la faldilla de encaje del antifaz a la que mordía y desgarraba con los dientes. El desorden de sus movimientos la había desnudado hasta el toisón: su desnudez tenía ahora a la vez la misma falta y el mismo exceso de sentido que un sudario. Lo más extraño —y lo más angustioso— era el silencio en el que Madame Edwarda permanecía aislada:

no había comunicación posible para su sufrimiento, y me absorbí en ese callejón sin salida —en esa noche del corazón, no menos desierta ni menos hostil que el cielo hueco. Los sobresaltos de pez que sacudían su cuerpo, la rabia innoble que expresaba su rostro malvado, calcinaban en mí la vida, y la consumía la náusea.

(Me explico: en vano habríamos hecho una concesión a la ironía al decir que Madame Edwarda es DIOS. Pero que DIOS sea una prostituta de prostíbulo y una loca, carece, en razón, de sentido. En rigor, me alegra de que mi tristeza sea motivo de risa: sólo me entiende aquel cuyo corazón está herido de una herida incurable, de tal naturaleza que nadie jamás quiso curarse de ella…; ¿y qué hombre, herido, aceptaría «morir» de otra herida que esta?).

Aquella noche, mientras estaba arrodillado junto a Edwarda, la conciencia de un irremediable no era ni menos clara ni menos paralizante que en el momento en que escribo.

Su sufrimiento era en mí como la verdad de una flecha: sabemos que penetra en el corazón, pero acompañada de la muerte; a la espera de la nada, lo que subsiste asume el sentido de las escorias en

las que en vano se demora mi vida. Ante un silencio tan negro, hubo un salto en mi desesperación; las contorsiones de Edwarda me arrancaban de mí mismo y me arrojaban despiadadamente a un más allá negro, como se entrega un condenado al verdugo.

Cuando aquel que se destina al suplicio llega, tras la interminable espera, al gran día en el que se cumplirá el horror, observa los preparativos y su corazón late a punto de estallar: en su horizonte limitado, cada objeto, cada rostro asume un sentido denso y contribuye a apretar el tornillo del que ya no puede escapar. Cuando vi a Madame Edwarda retorcerse en el suelo, me sumí en un estado de absorción similar, pero el cambio que se produjo en mí no me aislaba: la perspectiva ante la que me situaba la desdicha de Edwarda era huidiza, al igual que el objeto de una angustia; desgarrado y descompuesto, experimentaba un movimiento de potencia, a condición, al volverme malo, de odiarme a mí mismo. El vertiginoso deslizar que me perdía me había abierto un campo de indiferencia; ya no se trataba de preocupación, o deseo: el éxtasis desecante de la fiebre nacía, en aquel punto, de la absoluta imposibilidad de detenerse.

(Puestos a ponerme al desnudo, debo confesar que es decepcionante jugar con las palabras y hacer mía la lentitud de las frases. Si nadie redujera a la desnudez lo que digo, quitándole a mi texto el atuendo y la forma, escribiría en vano. (Así pues, sé que mi esfuerzo es desesperado: el relámpago que me deslumbra —y me fulmina— no habrá cegado sin duda otros ojos que los míos). Sin embargo, Madame Edwarda no es el fantasma de un sueño; sus sudores han empapado mi pañuelo: me gustaría llevar a otros al punto al que llegué, llevado por ella. Este libro tiene su secreto, y debo mantenerlo en silencio: va más allá que cualquier palabra).

La crisis se apaciguó al fin. La convulsión se prolongó cierto tiempo, pero ya no contenía tanto furor: le volvió el aliento, sus rasgos se relajaron, dejaron de ser horrendos. Al límite de mis fuerzas, por un breve instante, me tumbé en la acera a su lado. La cubrí con mi chaqueta. No pesaba mucho, y decidí llevármela; la parada de taxis no distaba mucho. Ella permaneció inerte en mis brazos. El trayecto fue lento, tuve que detenerme tres veces; sin embargo, Edwarda volvió a la vida y, cuando llegamos, quiso ponerse de pie: dio un paso y vaciló. La sostuve, y, apoyándose, subió al coche.

Dijo débilmente:

—… todavía no… que espere…

Pedí al chófer que no se moviera; fuera de mí de cansancio, subí y me dejé caer junto a Edwarda.

Permanecimos largo tiempo en silencio, Madame Edwarda, el chófer y yo, inmóviles en nuestros asientos, como si el coche estuviera en movimiento.

Edwarda me dijo al fin:

—¡Qué vaya al mercado de Les Halles!

Se lo comuniqué al chófer, quien se puso en marcha.

Nos llevó por calles oscuras. Tranquila y lenta, Edwarda desató las cintas de su capa, que resbaló; ya no llevaba el antifaz. Se quitó la torera y dijo para sí en voz baja:

—Desnuda como un animal.

Detuvo el coche, golpeando el cristal, y bajó. Se acercó al chófer hasta tocarlo y dijo:

—Lo ves… estoy en pelota… ven.

El chófer inmóvil miró al animal: retrocediendo, ella había levantado muy alto la pierna, queriendo que él viese la hendidura. Sin decir palabra y sin prisa, aquel hombre abandonó su asiento. Era sólido y grosero. Edwarda lo abrazó, le tomó la boca y le hurgó en la bragueta con la mano. Le dejó caer los pantalones por las piernas y le dijo:

—Ven al coche.

Él se sentó junto a mí. Siguiéndole, Edwarda montó sobre él, voluptuosa, y deslizó al chófer con su mano dentro de ella. Yo permanecí inerte, mirando; ella hizo movimientos lentos y disimulados, de los que, visiblemente, obtenía el placer

supremo. El otro respondía, se entregaba brutalmente con todo su cuerpo: nacido de la intimidad al desnudo de aquellos dos seres, su abrazo llegaba poco a poco al punto de exceso en que falla el corazón. El chófer estaba trastocado, jadeante. Encendí la luz interior del coche. Erecta, a caballo sobre el trabajador, Edwarda echaba la cabeza hacia atrás, la cabellera colgante. Sosteniéndole la nuca, vi sus ojos en blanco. Arqueándose, se apoyó en la mano que la sujetaba, y la tensión aceleró su ronquido. Sus ojos volvieron a su lugar y, por un instante, pareció apaciguarse. Me vio: en aquel momento, supe por su mirada que volvía de lo imposible y vi, en el fondo de ella, una vertiginosa fijeza. En la raíz misma de su ser, la marea que la inundó volvió a brotar en sus lágrimas: las lágrimas surgieron de los ojos. El amor estaba muerto en aquellos ojos; de ellas emanaba un frío de aurora y una transparencia en la que leía la muerte. Y todo se confundía en aquella mirada de sueño: los cuerpos desnudos, los dedos que abrían la carne, mi angustia y el recuerdo de la baba en los labios; nada que no contribuyese a ese deslizamiento ciego hacia la muerte.

El goce de Edwarda —fuente de aguas vivas, manando en ella a punto de romper el corazón— se prolongaba de manera insólita: la oleada de voluptuosidad no

cesaba d2 glorificar su ser, de hacer más desnuda su desnudez, más vergonzoso su impudor. Con el cuerpo y el rostro extasiados, abandonados al indecible arrullo, tuvo, en su dulzura, una sonrisa rota: me vio en el fondo de mi aridez. Y, desde el fondo de mi tristeza, sentí liberarse el torrente de su júbilo. Mi angustia se oponía al placer que habría debido desear: el placer doloroso de Edwarda me produjo un agotador sentimiento de milagro. Mi aflicción y mi fiebre me parecían poco, pero era todo lo que tenía, las únicas grandezas en mí capaces de responder al éxtasis de aquella a quien, en el fondo de un frío silencio, llamaba «corazón mío».

Los últimos escalofríos la recorrieron, lentamente; su cuerpo, aún espumoso, se relajó por fin. En el fondo del taxi, tras el amor, el chófer quedó repantigado. Yo no había dejado de sostener a Edwarda por la nuca. Se deshizo el nudo, la ayudé a tumbarse y sequé su sudor. Con los ojos muertos, ella se dejaba hacer. Había apagado la luz: Edwarda dormitaba, como un niño. Un mismo sueño debió adormilarnos a los tres, a Edwarda, al chófer y a mí.

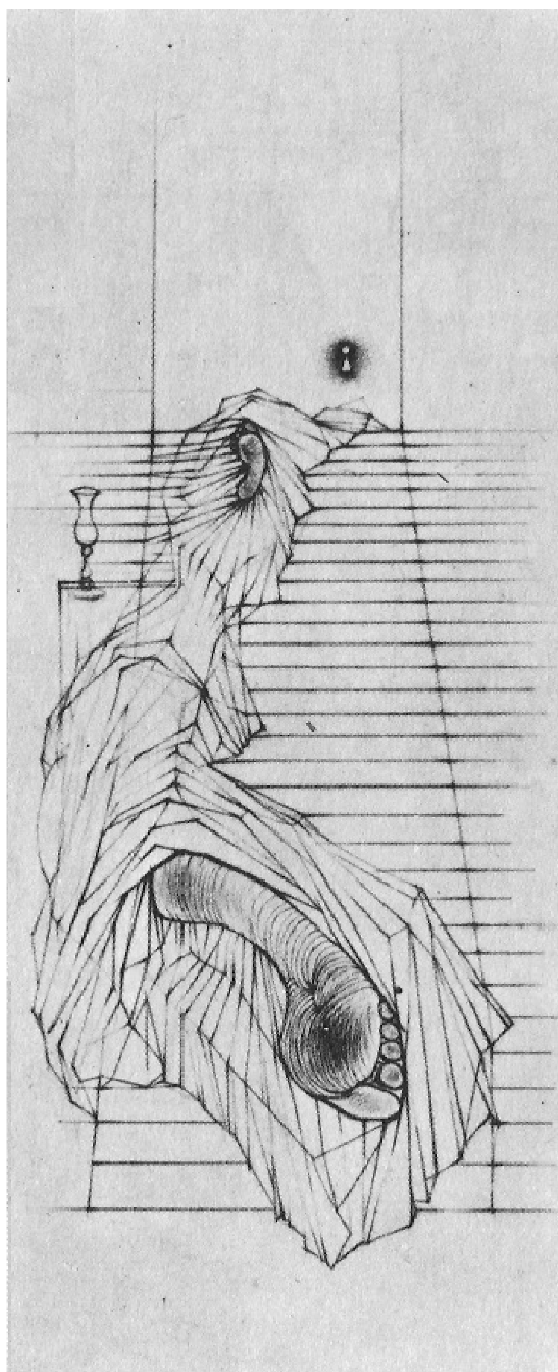
(¿Continuar? Me habría gustado, pero ¿qué importa? El interés no radica en eso. Digo lo que me oprime en el momento de escribir: ¿será todo absurdo?, o ¿tendrá

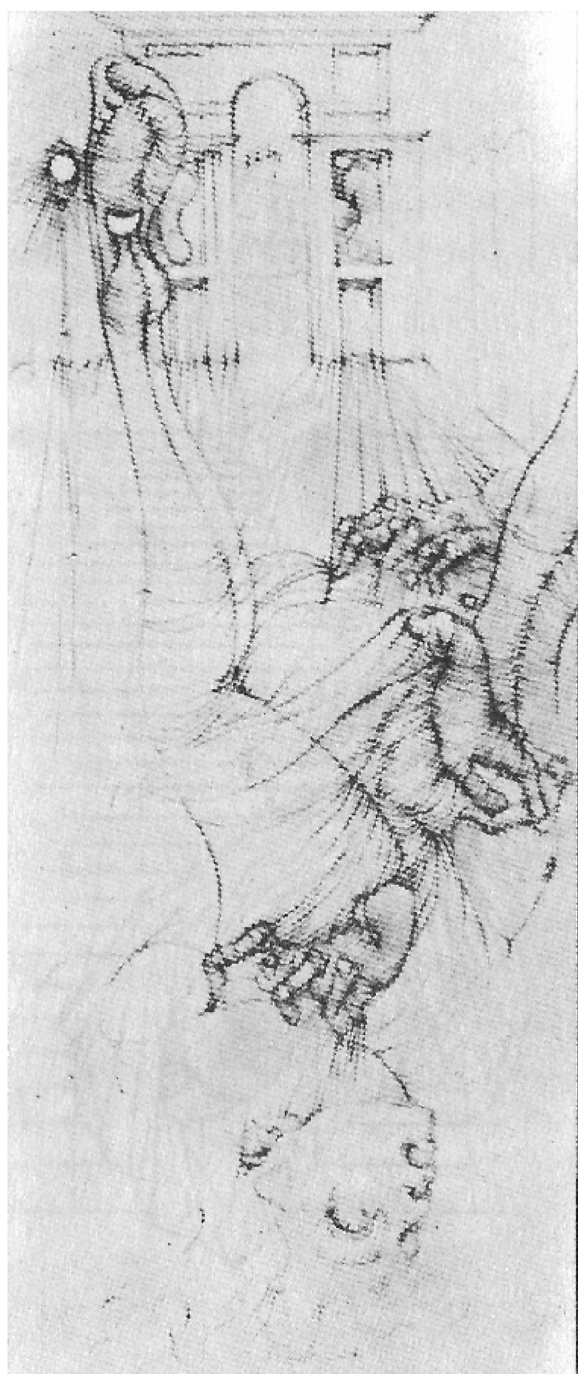
sentido? Me pone enfermo pensarlo. Me despierto por la mañana —como millones de hombres y mujeres, niños y ancianos— de sueños jamás olvidados… ¿Tendrá un sentido nuestro despertar, el mío y el de esos millones de hombres y mujeres? ¿Un sentido oculto? ¡Evidentemente oculto! Pero si nada tiene sentido, poco puedo hacer: retrocederé, recurriendo a supercherías. Debería soltar la presa y entregarme al sinsentido: para mí es el verdugo, que me tortura y me mata sin una sombra de esperanza. Pero ¿y si hay un sentido? Lo ignoro hoy. ¿Y mañana? ¿Qué sé yo? No puedo concebir sentido alguno que no sea «mi» suplicio; eso sí lo sé muy bien. Y, de momento, ¡sinsentido! El Señor Sinsentido escribe, comprende que está loco: es horrible. Pero su locura, ese sinsentido —¡y qué serio se ha puesto de repente!—: ¿No será este precisamente «el sentido»? (No, Hegel no tiene nada que ver con la «apoteosis» de una loca…). Mi vida no tiene sentido sino a condición de que yo no lo tenga, de que esté loco: comprenda quien pueda, comprenda quien muera…; así pues, ahí está el ser, sin saber por qué, temblando de frío…; la inmensidad y la noche lo rodean y, adrede, él está ahí para… «no saber». ¿Y DIOS? ¿Qué decir, Señor Orador, Señor Creyente? ¿Sabe Dios, al menos? Si Dios supiera, sería un cerdo[6]. ¡Señor (recurro al «corazón mío» en mi aflicción), libérame, ciégalos! ¿Continuaré el relato?).

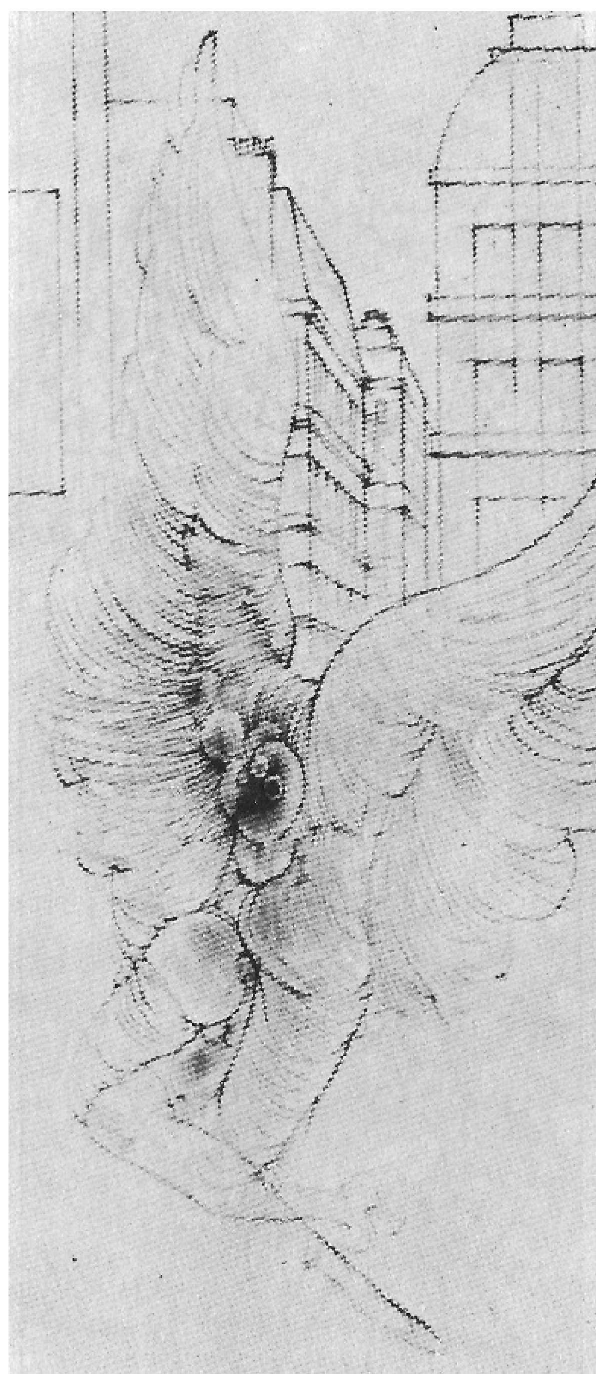
He terminado.

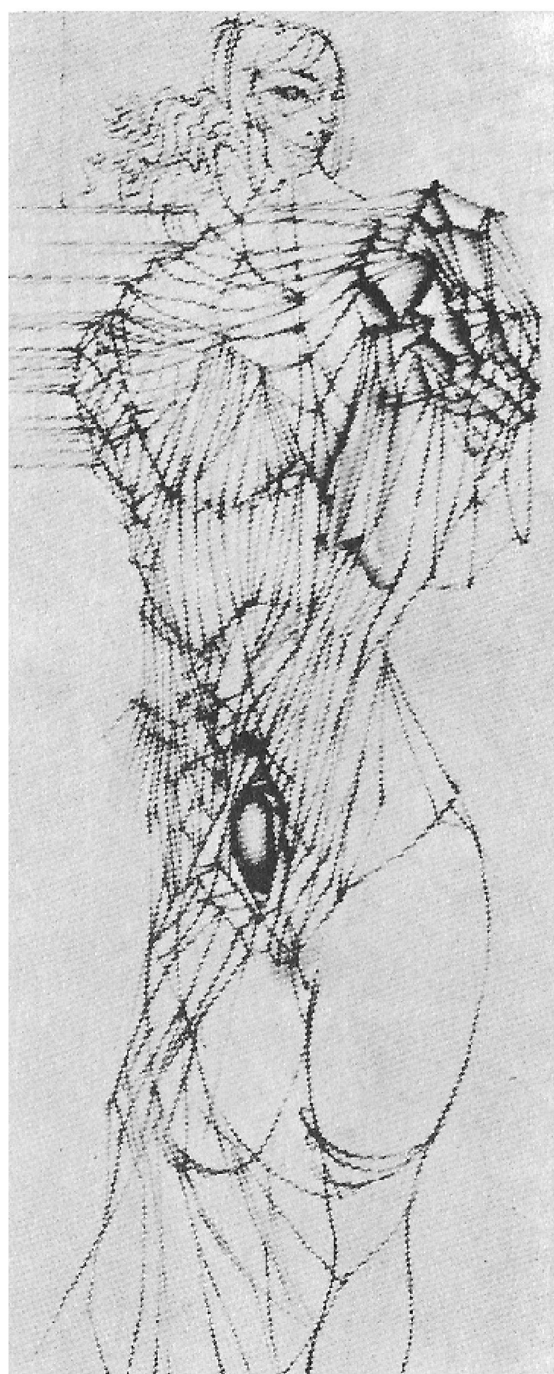
Enfermo, me desperté el primero del sueño que nos sumió por un tiempo en el fondo del taxi… El resto es ironía, larga espera de la muerte…

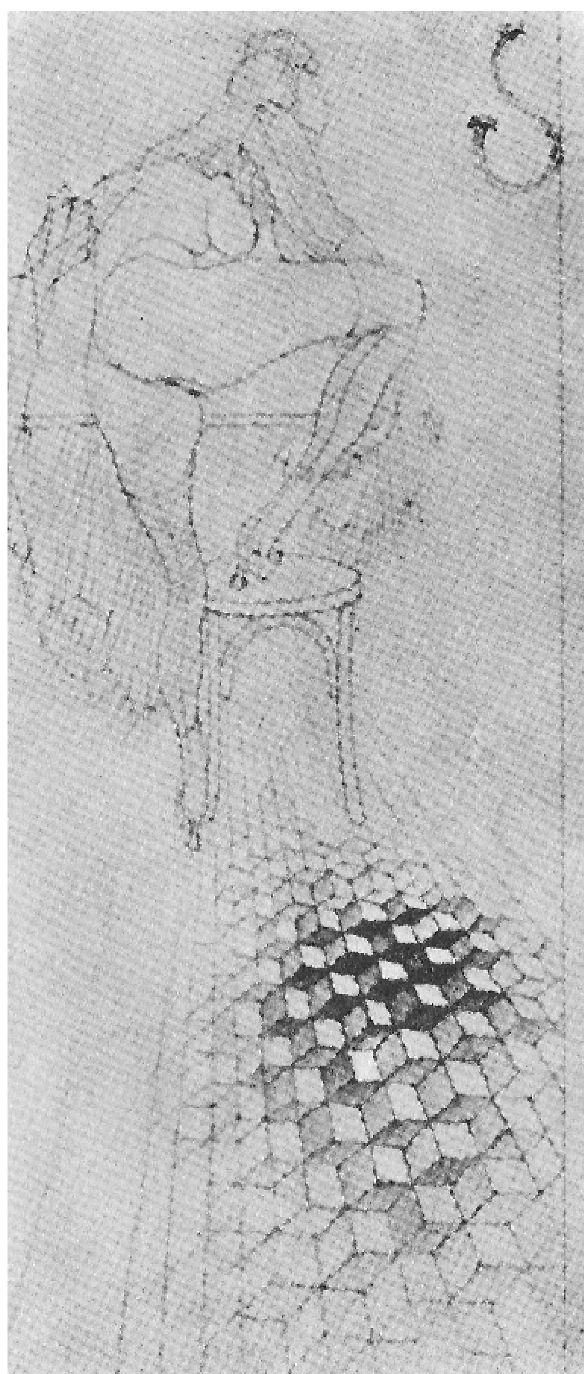
12 grabados originales de
Hans Bellmer sobre
«Madame Edwarda» 1955
parcialmente técnica mixta
10 grabados de 18,5 x 8 cms.
y 2 grabados de 5 x 8 cms.
Editions Georges Visat
Paris, 1965

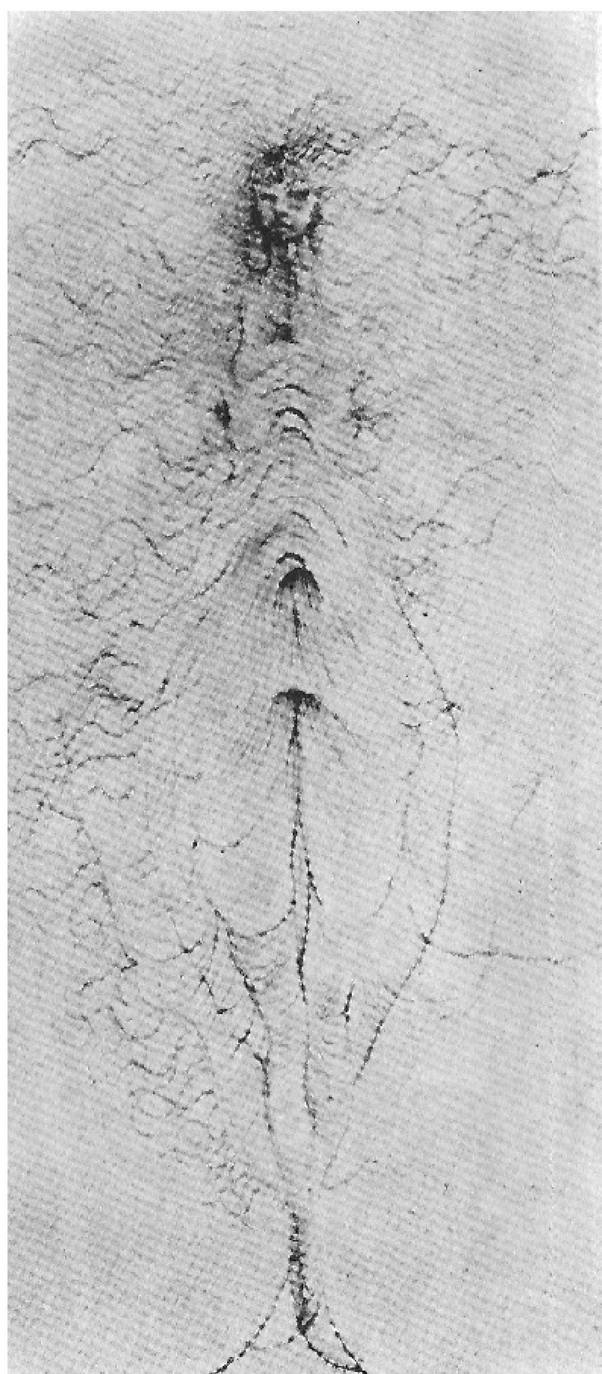




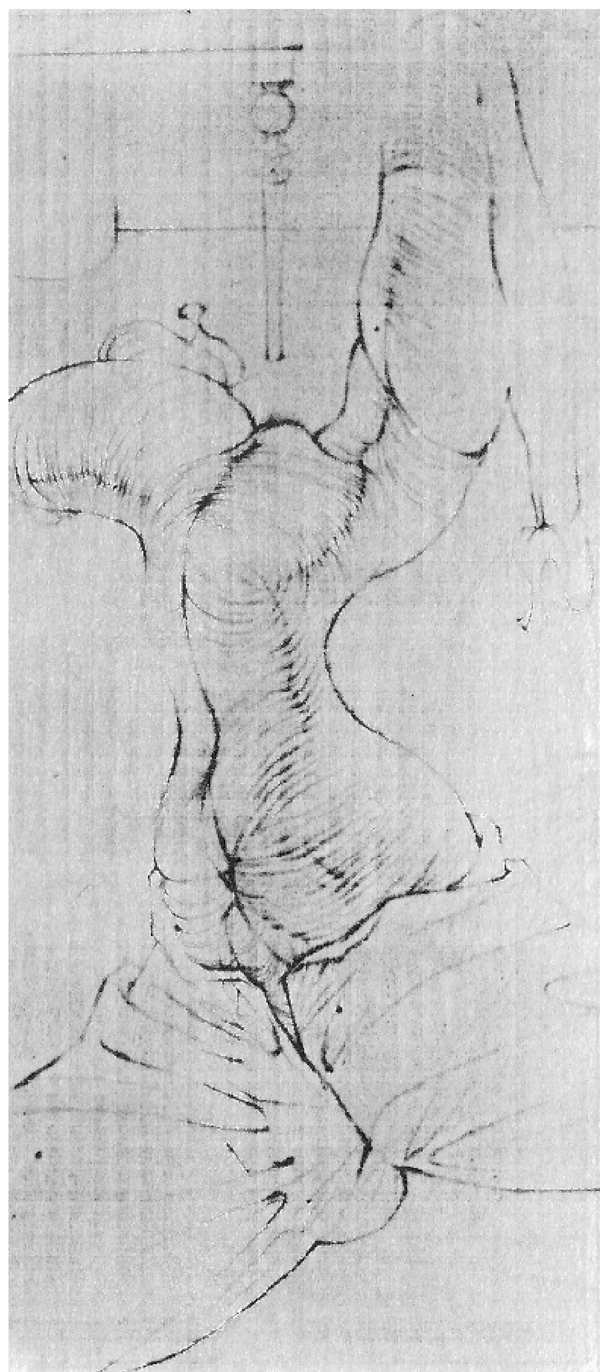


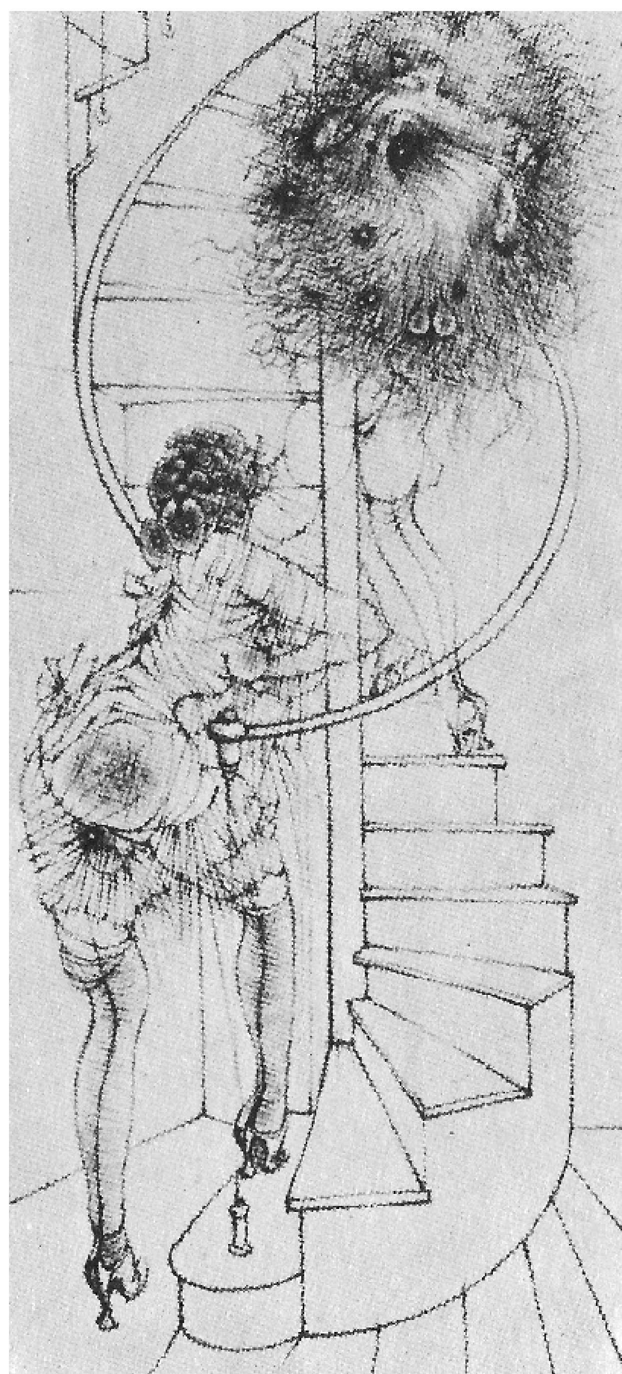






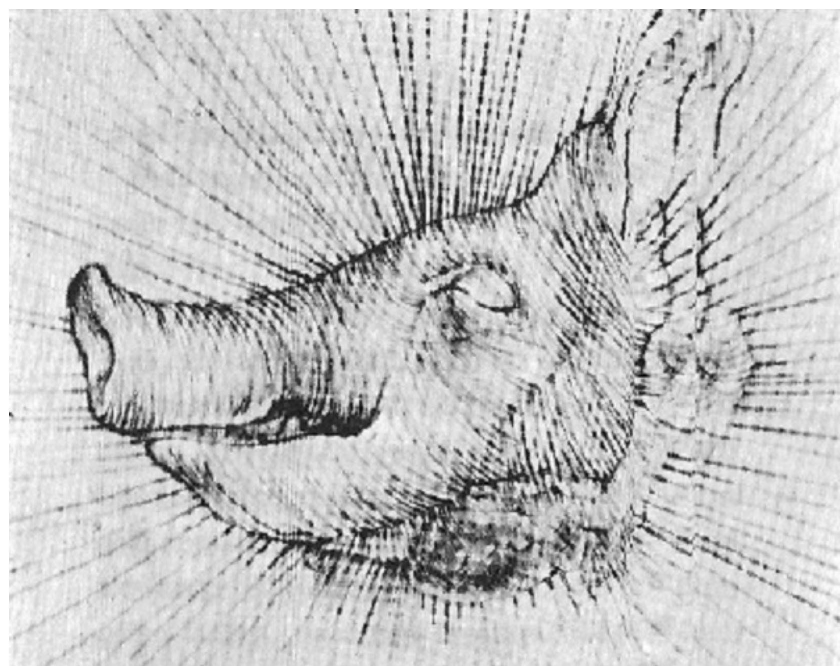












El muerto

María se queda sola con Eduardo muerto

Cuando Eduardo se dejó caer, muerto, en ella se abrió un vacío; un largo escalofrío recorrió su cuerpo y la elevó como a un ángel. Sus senos desnudos se erguían en un altar de ensueño, en el que se consumía su percepción de lo irremediable. Allí estaba, de pie junto al muerto, ausente, más allá de sí misma, en un éxtasis lento, abrumado. Aun consciente de su desesperación, hacía caso omiso de su desespero. Eduardo, al morir, le había suplicado que se desnudara.

¡No había podido hacerlo a tiempo! Allí seguía, desgreñada: sólo su pecho había emergido del vestido desgarrado.

María sale de casa desnuda

El tiempo acababa de negar las leyes a las que nos somete el miedo. Se quitó el vestido y colgó del brazo el abrigo. Iba loca y desnuda. Se lanzó a la calle y corrió en la noche bajo la tormenta. Sus zapatos restallaron en el lodo, y la lluvia se abatió sobre ella. Sintió una gran necesidad, que alcanzó a contener. En la suavidad de los bosques, María se dejó caer al suelo. Meó largamente; la orina inundaba sus piernas. En el suelo, canturreó con una voz imposible, demente:

… es desnudez
y atrocidad…

Después, se levantó, se puso la gabardina y corrió por Quilly hasta la puerta de la posada.

María espera ante la posada

Turbada, permaneció ante la puerta sin valor para entrar. Oía en el interior gritos y cantos de mujeres y borrachos. Sintió que temblaba, pero gozaba de su temblor.

Pensó: «Entraré, y me verán desnuda». Tuvo que apoyarse en la pared. Abrió el abrigo y deslizó sus largos dedos en la raja. Escuchó, aterida de angustia, y husmeó en sus dedos el olor a sexo mal lavado. En la posada, reinaba el griterío; sin embargo, se hizo un silencio. Llovía: en la oscuridad cavernaria, un viento tibio inclinaba la lluvia. Una voz de mujer cantó una melancólica canción arrabalera. Desde la noche exterior, la voz grave, velada por los muros, era desgarradora. La voz enmudeció. Siguieron aplausos, pateos y una gran ovación.

María sollozaba en la sombra. Lloraba en su impotencia, con los dientes aferrados al dorso de la mano.

María entra en la sala de la posada

María temblaba porque sabía que entraría.

Abrió la puerta, dio tres pasos en la sala: una corriente de aire cerró la puerta tras ella.

Recordó haber soñado con esa puerta cerrándose para siempre tras ella.

Mozos de cuadra, mujeres y la posadera la miraron de hito en hito.

Se quedó inmóvil en el umbral, enlodada, el pelo chorreante y la mirada mala. Parecía surgir de las ráfagas de la noche (en el exterior, se oía silbar el viento). María apartó el cuello del abrigo que la cubría.

María bebe con los mozos de cuadra

Preguntó en voz baja:

—¿Qué puedo beber?

La posadera le contestó desde la barra:

—¿Un calvados?

Y le sirvió un vasito en la barra. María lo rechazó.

—Quiero una botella y vasos grandes —dijo.

Aun baja, su voz era firme. Añadió:

—Beberé con ellos.

Pagó.

Un mozo, con las botas cubiertas de tierra, dijo tímidamente:

—¿Ha venido de juerga?

—Así es —dijo María.

Intentó sonreír: la sonrisa le atravesó el rostro como cortada por una sierra.

Se sentó al lado del mozo, pegó su pierna a la suya y, tomándole la mano, la puso entre sus muslos.

Cuando el mozo tocó la raja, gimió:

—¡Virgen santa!

Congestionados, los demás callaban. Una de las mujeres, levantándose, abrió un lado del abrigo.

—Asesta —dijo—, ¡está en pelota!

María no ofreció resistencia y vació de

un trago su vaso.

—Le gusta la leche —dijo la posadera.

María dejó escapar un eructo amargo.

María le saca la polla a un borracho

María dijo tristemente:

—Ya está.

Los mechones de su cabello negro, empapado, adherían a sus mejillas. Sacudió su hermosa cabeza, se levantó y se quitó el abrigo.

Un hombre grosero y torpe, que bebía en la sala, se acercó a ella. Tambaleaba, agitando los brazos. Aullaba:

—¡A mí las tías en pelota!

La posadera le amenazó:

—¡Qué te cojo por las napias!…

Lo cogió por la nariz y se la torció. Él aulló.

—No, por ahí no —dijo María—. Por aquí, mejor.

Se acercó al borracho y le desabrochó: sacó del calzoncillo una polla que se empinaba con torpeza.

La polla provocó una gran carcajada.

María, enardecida como un animal, tragó el segundo calvados.

La posadera, con los ojos como faros, le tocó suavemente el trasero en la raja:

—Es como para comérselo —dijo.

María llenó su vaso una vez más. El alcohol bajó cloqueando.

Empinaba el codo como quien muere. El vaso le cayó de las manos. Su trasero era pálido y bien rajado. Su suavidad iluminaba la sala.

María baila con Pedro

Uno de los mozos permanecía a distancia, la expresión llena de odio. Era un hombre demasiado guapo, enfundado en largas botas demasiado nuevas, con suelas de goma.

María se acercó a él con la botella en la mano. Era alta y estaba congestionada. Sus piernas vacilaban en las medias laxas. El mozo cogió la botella y la mamó con avidez.

Gritó con una voz fuerte, inadmisible:

—¡Basta!

Y golpeó la mesa con la botella vacía.

María le preguntó:

—¿Quieres otra?

Él contestó con una sonrisa: la trataba como a una de sus conquistas.

Dio cuerda a la pianola. Al volver, esbozó un paso de baile, los brazos en semicírculo.

Cogió a María por la mano, y bailaron una java obscena.

María se entregó por entero al baile, mareada, la cabeza hacia atrás.

María cae borracha como una cuba

La posadera se levantó de repente y gritó:

—¡Pedro!

María se caía: se deslizó de entre los brazos del mozo, quien dio un traspié.

El cuerpo esbelto, que se desvanecía, cayó al suelo con un ruido bestial.

—¡La muy puta! —dijo Pedro.

Se restregó la boca con la vuelta de la manga.

La posadera se precipitó. Se arrodilló e incorporó la cabeza de María con sumo cuidado: saliva, o mejor dicho baba, le salía de los labios.

Una joven le acercó una toalla mojada.

María volvió pronto en sí. Pidió débilmente:

—¡Alcohol!

—Dale un trago —dijo la posadera a una de las chicas.

Se le dio un vaso. María bebió y dijo:

—¡Más!

La chica le llenó el vaso. María se lo arrebató de las manos. Bebió como si le faltara tiempo.

Descansando entre los brazos de una de las chicas y de la posadera, levantó la

cabeza:

—¡Más! —dijo.

María quiere hablar

Los mozos, las chicas y la posadera permanecían alrededor de María, al acecho de lo que diría.

María no pronunció más que una palabra:

—… el alba —dijo.

Y su cabeza volvió a caer pesadamente. Enferma, enferma…

—¿Qué dijo?

Nadie pudo contestar.

Pedro chupa a María

Entonces, la posadera dijo al hermoso Pedro:

—Chúpala.

—¿La sentamos en una silla? —dijo una chica.

Levantaron el cuerpo de María y le arrellanaron el culo en la silla.

Pedro, arrodillándose, le deslizó las piernas por encima de sus hombros.

El hermoso muchacho esbozó una sonrisa de conquista y hundió su lengua como un dardo en la mota de pelos.

Enferma, iluminada, María parecía feliz, sonreía sin abrir los ojos.

María besa en la boca a la posadera

María se sintió iluminada, helada, pero vaciaba sin medida, vaciaba su vida por la alcantarilla.

Un impotente deseo la mantenía en tensión: le habría gustado descargar el vientre. Imaginó el pavor de los demás. Nada ya la separaba de Eduardo.

El coño y el culo desnudos: el olor a culo y a coño mojados liberaba su corazón, y la lengua de Pedro, que la mojaba, le sabía al frío del muerto.

Ebria de alcohol y lágrimas, aun sin llanto, aspiraba ese frío con la boca abierta: atrajo hacia sí la cabeza de la posadera, abriendo a la carie el voluptuoso abismo de sus labios.

María bebe de la botella

María apartó a la posadera y vio aquella cabeza despeinada, exorbitada de júbilo. El rostro de la virago resplandecía de ebria suavidad. Ella también estaba ebria, ebria a punto de cantar: devotas lágrimas le inundaron los ojos.

Mirando aquellas lágrimas, sin ver nada más, María vivía embelesada por la luz del muerto. Dijo:

—Tengo sed.

Pedro chupaba, jadeante.

La posadera, obsequiosa, le dio una botella.

María bebió a largos tragos y la vació.

María goza

… un tropel, un grito de terror, el estampido de botellas rotas, los muslos de María se sacudieron como los de una rana. Los mozos se zarandeaban a gritos. La posadera atendió a María, la recostó en un banco.

Sus ojos permanecían vacíos, extasiados.

Afuera, las ráfagas de viento se desencadenaban. Los batientes de las persianas golpeaban en la noche.

—Escuchad —dijo la posadera.

Se oía el ulular del viento en los árboles, cual largo gemido, como la llamada de una loca.

De pronto, se abrió la puerta de par en par, y una ráfaga de viento penetró en la sala. Al instante, María, desnuda, se puso en pie.

Gritó:

—*¡Eduardo!*

Y la angustia convirtió su voz en prolongación de la del viento.

Encuentro de María con un enano

De aquella mala noche surgió un hombre, cerrando a duras penas un paraguas: su silueta de rata se perfilaba en el umbral de la puerta.

—¡Rápido, señor conde, entre! —dijo la posadera, trastabillante.

El enano se adelantó sin responder.

—Está usted empapado —siguió la posadera cerrando la puerta.

Una sorprendente gravedad se desprendía de aquel hombrecillo, ancho y jorobado, cuya enorme cabeza arrancaba directamente de entre los hombros.

Saludó a María y, después, se giró hacia los mozos.

—Buenas noches, Pedro —dijo, dándole la mano—, quítame ese abrigo, ¿quieres?

Pedro ayudó al conde a sacarse el abrigo. El conde le pellizcó la pierna.

Pedro sonrió. El conde saludó amablemente a los demás.

—¿Me permite? —preguntó inclinándose.

Se sentó a la mesa de María, frente a ella.

—Traed botellas —dijo el conde.

—Bebí tanto —dijo una chica— que

mearía en la silla.

—Pues beba hasta cagar, hija mía…

Se detuvo en seco, frotándose las manos.

Con bastante desenvoltura.

María ve el fantasma de Eduardo

María permanecía inmóvil, mirando al conde, y la cabeza le daba vueltas.

—Sirve —dijo.

El conde llenó dos vasos.

Añadió, muy quieta:

—Moriré al alba…

El conde paseó por el rostro de María su mirada azul acero.

Las cejas rubias se enarcaron, poniendo en evidencia las arrugas de la frente demasiado ancha.

María levantó su copa y dijo:

—¡Bebe!

El conde también levantó la suya y bebió: vaciaron sus copas a la vez, de un trago.

La posadera fue a sentarse al lado de María.

—Tengo miedo —dijo María.

Sus ojos seguían fijos en el conde.

Tuvo una especie de hipo: murmuró con voz de loca al oído de la vieja:

—Es el fantasma de Eduardo.

—¿Qué Eduardo? —preguntó la posadera en voz baja.

—Murió —dijo María con la misma voz.

Cogió la mano de la otra y la mordió.

—¡Hija de puta! —gritó la mujer mordida.

Pero, liberando su mano, acarició a María y, besándole el hombro, dijo al conde:

—Pese a todo, es dulce.

María se sube al banco

El conde preguntó a su vez:

—¿Quién es Eduardo?

—¿Ya no sabes quién eres? —dijo María.

Esta vez, su voz se quebrantó.

—Dale de beber —pidió María a la posadera.

Parecía estar al límite de sus fuerzas.

El conde se sopló el calvados, y confesó:

—El alcohol no me hace mucho efecto.

El hombrecillo rechoncho, con la cabeza demasiado ancha, contempló a María con mirada lúgubre, como con la intención de incordiar.

Examinó todo lo demás con la misma mirada, la cabeza erguida entre los hombros.

Llamó:

—¡Pedro!

El mozo se acercó:

—Esta joven —dijo el enano— me la pone tiesa. ¿Quieres sentarte aquí?

El mozo se sentó, y el conde añadió alegremente:

—Sé bueno, Pedro, hazme una paja. No me atrevo a pedirle a está jovencita…

Sonrió.

—No está, como tú, acostumbrada a los monstruos.

En aquel mismo instante, María se subió al banco.

María mea encima del conde

—Tengo miedo —dijo María—. Pareces un mojón.

El conde no contestó. Pedro le agarró la polla.

En efecto, seguía impasible, como un mojón.

—Vete —le dijo María—, de lo contrario te meo encima…

Subió a la mesa y se acuclilló.

—Me haría usted feliz —contestó el monstruo.

Su cuello no tenía flexibilidad alguna: cuando hablaba, sólo se le movía el mentón.

María meo.

Pedro se la meneaba vigorosamente al conde, cuyo rostro recibió el primer chorro de orina.

El conde rugió, y la orina lo inundó. Pedro se la meneaba como si jodiera, y la polla escupió la leche en el chaleco. El enano bramaba con pequeños estertores que lo sacudían de la cabeza a los pies.

María se moja de orina

María seguía meando.

Encima de la mesa, entre vasos y botellas, se mojaba de orina con las manos.

Se inundaba las piernas, el culo y la cara.

—Mira —dijo, soy hermosa.

Acuclillada, con el coño a la altura de la cabeza del enano, se abrió horriblemente los labios.

María cae sobre el monstruo

María esbozó una sonrisa llena de hiel.

Una visión de mal horror…

Uno de sus pies resbaló: el coño golpeó la cabeza del conde.

Este perdió el equilibrio y cayó.

Los dos se desplomaron gritando, en medio de un increíble estruendo.

María le muerde la polla al enano

Hubo en el suelo una espantosa barahúnda.

María se desencadenó, le mordió la polla al enano que berreaba.

Pedro tiró al suelo a María. Le estiró los brazos en cruz: los demás le aguantaron las piernas.

María gimió:

—Déjame.

Después, calló.

Jadeaba, los ojos cerrados.

Abrió los ojos. Pedro, rojo, sudado, estaba sobre ella.

—Fóllame —dijo ella.

Pedro folla a María

—Fóllala, Pedro —dijo la posadera.

Se agitaron en torno a la víctima.

María dejó caer la cabeza, molesta por aquellos preparativos. Los demás la estiraron, le abrieron las piernas. Respiraba rápida y ruidosamente.

La escena, por su lentitud, evocaba la matanza de un cerdo, o el entierro de un dios.

Cuando Pedro se hubo quitado los pantalones, el conde exigió que se desnudara del todo.

El efebo se abalanzó como un toro: el conde facilitó la entrada de la polla. La víctima palpitó y se debatió: un cuerpo a cuerpo de un indecible odio.

Los demás miraban, los labios resecos, extasiados ante aquel frenesí. Los cuerpos, empalmados por la polla de Pedro, rodaban debatiéndose en el suelo. Por fin, arqueándose, a punto ya de romperse, el mozo berreó sin aliento, babeante; María respondió con un espasmo de muerte.

María escucha los pájaros del bosque

… María volvió en sí.

Oía el gorjeo de los pájaros en las ramas de un bosque.

Los trinos, de una infinita delicadeza, huían silbando de un árbol a otro. Tumbada en la hierba, mojada, vio que el cielo estaba despejado: en aquel momento, despuntaba el día.

Sintió frío, presa de una gélida felicidad, suspendida en un ininteligible vacío. No obstante, ¡cuánto le habría gustado levantar, despacio, la cabeza! Pero, aunque cada vez volviera a desplomarse de agotamiento, permanecía fiel a la luz, al follaje, a los pájaros que poblaban los bosques. Cruzó un instante su memoria el recuerdo de infantiles timideces. Vio de pronto, inclinada sobre ella, la ancha y sólida cabeza del conde.

María vomita

Lo que María leyó en los ojos del enano era la insistencia de la muerte: aquel rostro, al que una espantosa obsesión volvía cínico, no expresaba sino infinito desencanto. María sintió un arrebato de odio y, al ver acercarse la muerte, tuvo mucho miedo.

Se irguió, apretando los dientes, ante el monstruo arrodillado.

Una vez en pie, se estremeció.

Retrocedió, miró al conde y vomitó.

—Ya ves —dijo ella.

—¿Aliviada? —preguntó el conde.

—No —dijo ella.

Miró el vómito a sus pies. Su abrigo roto apenas la cubría.

—¿Adónde vamos? —dijo ella.

—A su casa —contestó el conde.

María caga encima del vómito

—¿A mi casa? —gimió María, y la cabeza volvió a darle vueltas.

—¿Acaso eres el diablo para querer volver a casa? —preguntó ella.

—Sí —contestó el enano—, ya me lo han dicho otras veces.

—¡El diablo! —dijo María—. ¡Pues me cago en el diablo!

—Acaba usted de vomitar.

—Pues ahora cagaré.

Se acuclilló y cagó encima del vómito.

El monstruo seguía arrodillado.

María se apoyó en un roble. Sudaba, estaba en trance.

Dijo:

—Todo eso no es nada. Pero, *en casa*, tendrás miedo… Demasiado tarde…

Sacudió la cabeza y, como una salvaje, se abalanzó bruscamente sobre el enano, lo cogió por el cuello y gritó:

—¿Vienes?

—Encantado —dijo el conde.

Y añadió, casi en voz baja:

—Esta mujer me va.

María se lleva al conde

María lo oyó; miró simplemente al conde.

Él se levantó:

—Jamás —murmuró él—, jamás nadie me ha hablado así.

—Si quieres, puedes irte —dijo ella—. Pero si vienes…

El conde la interrumpió con sequedad:

—La sigo. Usted será mía.

María añadió con violencia:

—Ya es hora —dijo—, ven.

María y el gnomo entran en la casa

Caminaron rápidamente.

Cuando llegaron, amanecía. María empujó la reja. Se encaminaron por una alameda bordeada de viejos árboles: el sol iluminó las crestas.

Pese a su hosquedad, María se sabía cómplice del sol. Introdujo al conde en su alcoba.

—Se acabó —dijo.

Se encontraba a la vez exhausta, indiferente y llena de odio.

—Desnúdate —añadió—, te espero en la habitación contigua.

El conde se desnudó sin prisa.

El sol, filtrado por las ramas, llenaba el muro de topos luminosos, y los topos bailaban a la luz del día naciente.

María muere

Al conde se le puso tiesa.

Su polla era larga y rojiza.

Su cuerpo desnudo, y aquella polla, eran diabólicamente deformes. Su rostro, entre los hombros angulosos y demasiado altos, estaba lívido y desafiante a la vez.

Deseaba a María y prendía sus pensamientos a ese deseo.

Empujó la puerta. Tristemente desnuda, María le esperaba delante de la cama, provocativa y fea: la ebriedad y el cansancio la habían vencido.

—¿Qué le ocurre? —dijo María.

El muerto, en desorden, llenaba la alcoba…

Suavemente, el conde balbuceó:

—… no sabía…

Tuvo que apoyarse en un mueble: *al conde se le ponía blanda*.

María esbozó una espantosa sonrisa.

—¡*Ya está*! —dijo.

Tenía un aire soez al abrir la mano derecha y enseñar una ampolla hecha añicos.

Por fin, cayó.

María acompaña al muerto bajo tierra

… Por fin el conde vio aparecer los dos ataúdes, uno tras otro, camino del cementerio, paso a paso.

El enano murmuró entre dientes:

—Esa mujer me pudo…

No vio el canal y se dejó deslizar.

Un ruido sordo perturbó un instante el silencio del agua.

Quedaba el sol.

Notas

[1] Véase el vol. 19 de esta misma colección. *(N. del E.)* <<

[2] Me excuso por añadir aquí que esta definición del ser y del exceso no puede fundamentarse filosóficamente, pues el exceso excede el fundamento: el exceso es aquello por lo que el ser se sitúa ante todo, antes que nada, fuera de todos los límites. El ser se encuentra también, sin duda, dentro de los límites: estos nos permiten hablar (yo hablo también, pero, al hablar, no olvido que la palabra no sólo se me escapará, sino que se me escapa ya). Estas frases, metódicamente ordenadas, son posibles (y lo son en gran medida porque el exceso es la excepción, lo maravilloso, el milagro…; y el exceso designa la atracción —o también el horror—, todo cuanto es más de lo que es), pero su imposibilidad ya viene dada. De tal manera que jamás me ató, ni me esclavizó, pues conservo mi soberanía, de la que sólo mi muerte —probando la imposibilidad de limitarme al ser sin exceso— me priva. No rechazo el conocimiento, sin el cual no escribiría, pero esta mano que escribe *se muere* y, gracias a la muerte que le han prometido, escapa, escribiendo, a los limites aceptados (aceptados por la mano que escribe, pero rechazados por la que muere). <<

[3] He aquí, pues, la primera teología propuesta por un hombre a quien ilumina la risa y que se digna a no limitar *aquello que desconoce el límite*. ¡Marcad con una antorcha el día en que leáis, vosotros que habéis palidecido ante los textos de los filósofos! ¿Cómo puede expresarse quien les hace callar sino de una manera para ellos inconcebible? < <

[4] Podría señalar, además, que el exceso es el principio mismo de la reproducción sexual: ¡*la divina providencia* quiso que su secreto permaneciera legible en su obra! ¿Podría habérsele ahorrado algo al hombre? ¡El día mismo en que se percata de que pierde pie, se le dice que lo pierde *providencialmente*! Pero, por mucho que libre al niño de la blasfemia, es blasfemando y escupiendo sobre su límite cómo goza el más miserable; es blasfemando cómo pasa a ser Dios. Tanto es así que la *creación* es inextricable, irreductible a otro movimiento de espíritu que no sea la certeza de exceder, siendo excedido. < <

[5] Literalmente: «el “lobo” (*lop*) que la tapaba le daba un aire animal». Juego de palabras con la palabra *loup*, que significa a la vez «lobo» y «antifaz». *(N. del T.)* <<

[6] He dicho: «Si Dios "supiera", sería un cerdo». Sería el que (supongo que en ese momento iría mal aseado y «despeinado») captara la idea hasta el final, pero ¿qué tendría de humano? Más allá, y de todo… más y más lejos… EL MISMO, en éxtasis por encima de un vacío… ¿Y ahora? TIEMBLO. <<